

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21, 1-11): *Bendito el que viene en nombre del Señor.*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *No escondí el rostro ante los ultrajes.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24) «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó, sobre todo.*

Pasión (Mateo 26, 14 – 27, 66): *¡Verdaderamente, este era Hijo de Dios!*

Con este grito de júbilo celebra el salmista la llegada de los fieles que regresan precedidos de su salvador al gran templo de Jerusalén. Él es el Rey de la Gloria, el que es capaz de triunfar y superar las enormes dificultades que acosan a su pueblo. Él llega a la escalinata del templo y todos lo proclaman vencedor. Los grandes pontones del templo anuncian con voz grave, con indiscutible firmeza que llega la Gloria de Dios; es tan grande su figura que no basta abrir las puertas de par en par, hay que elevar sus dinteles; los pontones ceden ante la Gloria de Dios.

La liturgia de este domingo es como un pórtico que se ensancha para adentrarnos en la celebración de los grandes misterios de la salvación. La muerte y resurrección de Jesús fue la primitiva y única celebración pascual que reunía a los cristianos la noche del sábado al domingo de Pascua. Este era el gran acontecimiento a celebrar, hasta que en el siglo IV el emperador Constantino facilitó la celebración de los distintos acontecimientos que acompañaban al gran misterio pascual; los peregrinos y habitantes de Jerusalén recorrían los lugares de la Pasión tal como describían los relatos evangélicos. Así nació la celebración de la Semana Santa en Jerusalén y su tradición se fue afianzando a lo largo de los siglos por todas las iglesias del mundo cristiano.

Vamos a asomarnos con el debido respeto a esta gran celebración que describe el misterioso drama de un rey paradójicamente aclamado en su entrada a la ciudad, que acabará juzgándole y condenándole como reo de muerte. Es la página final de una historia de relaciones entre Dios y el hombre.

Cuando el hombre quería aclamar a Dios en su grandeza humana, en su realeza y dominio sobre sus enemigos; he aquí que Jesús, el Mesías Rey, el Cristo, el Hijo de Dios, manifiesta su humanidad y el lado más débil de la misma, la pasión y la muerte ignominiosa. Contrarresta el entusiasmo de la multitud con la sencillez de su cabalgadura; su divinidad se hace pequeña, escondiéndose en su humanidad. No rehúsa ningún espacio del hombre sino el de la mentira y el engaño; por oponerse a ellos sufrirá sus consecuencias: el escarnio, la humillación y la muerte; con ello habrá cumplido su tarea, la del siervo del Señor. Por no rebelarse ni echarse atrás fue alcanzado de lleno por los insultos y salvazos de los que abusaban del poder de Dios. Consciente de que Dios está con Él no teme la aparente victoria de los que le condenan; «ellos no saben lo que hacen». Él en cambio cumple perfectamente el designio de su Padre, que premiará la obediencia de su Hijo.

Al dar su vida por los hombres, Jesús venció definitivamente a la muerte. Cambió el sentido de la misma; después de cumplir su tarea el Padre lo rehabilitó y con su resurrección gloriosa manifestó el poder de Dios sobre la muerte y su triunfo definitivo en la vida nueva. Nueva para el hombre que no la conocía, pero la vida eterna de Dios, aquella misma a la que Dios llamó a participar al hombre en su creación. Se ensancharon enormemente las puertas que abren el espacio que habita Dios.

¡Hosanna al hijo de David! Este es el clamor que resuena en la ciudad de Jerusalén al recibir al que llega en nombre del Señor. El sentido de este clamor echa sus raíces no solo en las aclamaciones que se brindaron al rey Salomón o al rey Jehú, sino que ofrecen un tono especial que mana del texto paralelo tal como podemos leer en el profeta Zacarías.

La procesión de los ramos es el pórtico de entrada, como la obertura de ese gran drama de la Pasión que nos mete de lleno en las profundidades del misterio de la Redención. Año tras año los cristianos somos invitados a participar en la celebración de este misterio llevando en nuestras manos los ramos y cantando el ¡hosanna! Que mezcla los sentimientos de aclamación y de súplica al Señor. Por una parte, está el reconocimiento de la llegada del rey pacífico montado en un pollino y por otra la súplica para que esta victoria no sea como la de los guerreros que llegaban a la ciudad montados a caballo precedidos de los trofeos logrados en la lucha con los adversarios.

Ninguno de estos grandes capitanes, ningún vencedor a caballo fue capaz de traer la paz al pueblo de Dios. El grito de ¡hosanna al hijo de David! Lleva consigo el reconocimiento del rey salvador; el título mesiánico es aceptado Jesús quien subraya el carácter pacífico, sin aparato militar y evitando montar el espectáculo. Allí está el borriquillo para afirmar su realeza sin sucumbir ante la tentación de provocar a los romanos.

Cuando leemos el texto del evangelista percibimos la tensión de aquel momento que enfrentó a Jesús con las autoridades religiosas del momento al ver como se derrumbaba su poder con la llegada del verdadero Mesías al que el pueblo aclamaba como aquel que viene en nombre del Señor, como en otro tiempo Herodes se puso nervioso ante la llegada de los magos preguntando por el rey de los judíos, ahora vuelve a repetirse esa conmoción en la ciudad y llenos de recelo y turbación se preguntan: **¿Quién es éste?**

Los cristianos no podemos empañar este pórtico glorioso de la Semana Santa con una ostentación del poder de Dios, cuando Él mismo quiso presentarse como un rey pacífico al servicio de su pueblo.